

Agentes ocultos del peso: intermediarios, poder y la construcción monetaria de México, siglos XIX-XX

Pedro Chávez Gómez*

La historia económica de México, particularmente la de los siglos XIX y XX, ha sido narrada con frecuencia desde las grandes cifras, las políticas de Estado o los ciclos de auge y de crisis de sus principales productos de exportación. Sin embargo, el entramado de actores que hicieron posible la circulación del crédito, la transformación de la plata en moneda y la gestión cotidiana del sistema monetario ha permanecido hasta hace poco en una penumbra. La obra colectiva *Intermediarios e intermediación financiera y monetaria en México, siglos XIX-XX*,¹ coordinada por Mario Contreras

Valdez, Iliana Quintanar Zárate y Omar Velasco Herrera, sirve precisamente para iluminar este complejo mundo de agentes, redes y prácticas que (des)articulaban la vida financiera del país.

El principal aporte del libro es desplazar el foco de atención de las instituciones y las leyes a los individuos, las familias y las empresas que ejercieron de bisagra entre la producción de riqueza, su transformación en medios de pago y su inserción en los circuitos económicos locales y globales. La tesis central que transita por los diez capítulos es que, lejos de ser agentes econó-

rate y Omar Velasco Herrera (coords.) (2025). *Intermediarios e intermediación financiera y monetaria en México, siglos XIX-XX*. Ciudad de México: Bonilla Artigas Editores; Universidad Nacional Autónoma de México.

DOI: 10.32870/cer.v0i138.7992

.....

* Doctorante en Políticas Públicas y Desarrollo por la Universidad de Guadalajara. correo electrónico: pedro.cgomez@academicos.udg.mx. Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-9566-4576>

¹ Mario Contreras Valdez, Iliana Quintanar Za-

micos pasivos o políticamente neutrales, estos intermediarios fueron protagonistas clave cuyas acciones, legales o ilegales, incidieron directamente en la estabilidad monetaria, la configuración del poder regional y en episodios de tensión social.

De la plata al peso:

el entramado de la intermediación

La primera parte del libro, referente al siglo XIX, examina con minuciosidad los mecanismos de la intermediación en un contexto dominado por la plata y el patrón bimetalico. El capítulo inicial, de Ricardo Fernández Castillo, centrado en la producción de moneda menuda² en Guanajuato entre 1813 y 1835, es paradigmático. Fernández no sólo documenta la transición de una «moneda imaginaria» (unidades de cuenta) a una acuñación oficial de fracciones, también disecciona la red de intereses en disputa: autoridades federales y estatales, mineros poderosos como los

descendientes del conde de la Valenciana y la compañía británica Anglo Mexican Mining Association, arrendataria de la ceca.² Su análisis muestra que la escasez de moneda fraccionaria era un problema crónico para el comercio minorista y el pago de salarios, y un campo de batalla donde los intermediarios privados buscaron maximizar ganancias acuñando de preferencia pesos fuertes para la exportación, mientras que las autoridades locales presionaban por una amonedación menuda que aliviara la circulación interna. El estudio no sólo ilumina la compleja transición monetaria en un contexto de guerra e independencia, también cuestiona narrativas historiográficas previas al mostrar cómo la necesidad estratégica de moneda menuda fue un motor clave en la creación y permanencia de la ceca guanajuatense, más allá de la tradición.....

² La ceca, también conocida como casa de moneda, era una institución fiscal y productiva estratégica establecida para acuñar moneda metálica y centralizar el valor de metales preciosos. Más allá de su función técnica, operaba como un nodo de poder en el que convergían intereses públicos y privados: el Estado buscaba controlar la circulación monetaria y obtener recursos mediante arrendamientos, mientras que actores privados como comerciantes, mineros y compañías extranjeras pugnaban por su administración para monopolizar la compra de plata, gestionar créditos y canalizar la exportación de pesos fuertes.

² El concepto de moneda menuda se refiere a las piezas de plata de bajo valor nominal (dos reales, un real, medio real, cuartilla y octavo) que circulaban para facilitar transacciones cotidianas como el pago de salarios, la compra de alimentos básicos y el comercio al menudeo. Su importancia radicaba en solventar la escasez de circulante fraccionario, un problema que afectaba especialmente a la población de menores ingresos y generaba tensiones económicas y sociales.

nal explicación centrada en la exportación de plata.

Este juego de tensiones entre lo local y lo global, y entre el interés privado y la necesidad pública, se repite en el magnífico estudio de Mario Contreras Valdez sobre los introductores de plata en el noroeste mexicano (1822-1872). Mediante un exhaustivo trabajo en los libros de cargo y data de las casas de moneda de Guadalajara y Durango, y de las oficinas de ensaye de El Rosario y Cosalá, Contreras reconstruye un mapa de poder económico regional. Figuras como Ignacio Fletes en Sinaloa, los Almada en Sonora o los Remus y Vallarta en Jalisco no se limitaban a comprar y vender metal, eran nodos de una red que integraba el habilitamiento de mineros, el control del transporte, la influencia sobre los ensayadores y directores de cecas y el acceso al crédito. Su actividad era el lubricante del sistema, pero también creaba cuellos de botella y dependencias. Contreras demuestra cómo estas redes familiares y comerciales sobrevivieron a los cambios políticos, se adaptaron y perpetuaron su influencia incluso ante la llegada de capitales británicos que, como muestra, prefirieron asociarse y prestar a estos grupos antes que enfrentarlos; convirtieron la intermediación de la plata en un pilar del poder regional.

La figura del arrendatario de casas de moneda es analizada por Omar Velasco

Herrera como un caso de «doble intermediación»: financiera (adelantaba fondos a gobiernos necesitados) y monetaria (controlaba la acuñación). Velasco traza la evolución desde empresarios británicos como Ewen Mackintosh, en la primera mitad del siglo, hasta personajes como Robert Symon, ya vinculado a intereses estadounidenses y proyectos como los ferrocarriles en la segunda mitad. Estos arrendatarios no eran meros rentistas; eran negociadores audaces con el Estado, gestores políticos y, en última instancia, financiadores de la endeble hacienda pública nacional. Su papel evidenciaba cómo estos intermediarios articularon la política monetaria con la fiscal aprovechando su posición privilegiada en la cadena de la plata hasta que el surgimiento de la banca institucionalizada, a finales del siglo XIX, volvió obsoleto este mecanismo de financiamiento. El autor ofrece así una contribución sólida para comprender la intersección entre economía, política y poder en la formación del Estado nacional mexicano.

El capítulo de Javier Torres Medina cierra esta primera parte con un recordatorio de los límites de la intermediación y sus consecuencias sociales. Al estudiar el caótico episodio de la moneda de cobre (1836-1842), muestra cómo la falsificación y la especulación con este circulante monetario, a menudo amparada por conexiones políticas, generó inflación, afectó brutal-

mente el consumo popular y derivó en violencia urbana. Aquí, la intermediación ilegal se revela como un factor de desestabilización política y descontento social, lo que contradice la visión idílica del intermediario como mero facilitador del mercado.

Bancos, Estado y Revolución:
la complejización del sistema

La segunda parte del libro aborda la transición hacia un sistema financiero más complejo, marcado por la aparición de la banca moderna, la creciente intervención estatal y los cataclismos de la Revolución Mexicana. Javier Encabo González propone una mirada cuantitativa al surgimiento del sistema bancario, y utiliza el indicador de *financial development* para medir su impacto en la masa monetaria durante el porfiriato. Su análisis sugiere que el crecimiento bancario no fue lineal, sino que sufrió contracciones vinculadas a crisis globales y cambios regulatorios, y destaca la vulnerabilidad de un sistema en formación ante los vaivenes internacionales.

Dos capítulos complementarios iluminan la creciente ambición reguladora del Estado porfiriano. César Duarte Rivera analiza la difícil introducción de la moneda fraccionaria estatal (níquel y cobre) a partir de 1881, proceso en que el gobierno tuvo que vencer la desconfianza pública y depender, irónicamente, de intermediarios como las casas de moneda y las oficinas

hacendarias para su distribución. Por su parte, Iliana Quintanar Zárte disecciona el papel del intelectual y diplomático Joaquín D. Casasús como intermediario de la política monetaria en el escenario internacional, quien fue el autor intelectual de la reforma monetaria de 1905 que, ante la depreciación mundial de la plata, intentó anclar el peso al oro. Su labor en conferencias panamericanas muestra que la política monetaria mexicana se diseñaba en una tensión constante entre las presiones globales (el patrón oro) y las realidades domésticas.

La Revolución Mexicana fracturó todos los sistemas, y el financiero no fue la excepción. Los textos de Luis Anaya Merchant y Paulina Segovia exploran este periodo. Anaya describe el prolongado y tortuoso proceso de liquidación de la banca porfiriana, en la que los antiguos banqueros desplegaron todo tipo de estrategias legales y extralegales para resistir, negociar y sobrevivir en el nuevo marco impuesto por la Comisión Liquidadora. Son historias de adaptación, resistencia y aprovechamiento de las lagunas legales por parte de intermediarios expertos. Segovia, en cambio, se centra en el esfuerzo constitucionalista por unificar la caótica circulación de billetes revolucionarios mediante mecanismos de canje. Descubre que incluso en este proyecto estatista el gobierno de Carranza dependió de agentes comerciales y despachos privados para ejecutar la recompra del

papel moneda, lo que evidenció los límites de la capacidad estatal y la persistencia de la intermediación privada incluso en contextos de refundación política.

Isabel Avella Alaminos traslada la mirada al exterior y analiza la Agencia Financiera de México en Nueva York (1916-1928). Esta agencia, dirigida por agentes con un perfil técnico y de confianza, se convirtió en un canal crucial para manejar las transacciones en dólares, respaldar operaciones comerciales e incluso regular la aceptación de moneda extranjera de oro en México. Su historia demuestra que, en medio del aislamiento y la inestabilidad revolucionaria, la intermediación especializada y confiable en los centros financieros globales fue un pilar para mantener la conexión económica del país con el mundo.

Aportes, límites y vigencia de una

mirada centrada en los intermediarios

El principal mérito de esta obra colectiva es su coherencia temática y metodológica. Pese a la diversidad de autores y de enfoques (cuantitativos, cualitativos, estudios de caso y biografías), todos los capítulos convergen en desentrañar la lógica concreta de la intermediación. El uso sistemático de fuentes primarias, especialmente los fondos del Archivo General de la Nación, permite a los autores bajar del nivel de las declaraciones políticas al mundo de los contratos, los libros de contabilidad y las

cartas personales, entre otros documentos. Esto enriquece la narrativa histórica.

La tesis de la no neutralidad política de los intermediarios queda sólidamente demostrada. El libro muestra que estos actores moldeaban las reglas en su beneficio, explotaban las asimetrías de información, financiaban a facciones políticas, y en momentos de crisis su especulación podía incendiar la plaza pública. Esta perspectiva corrige visiones puramente económicas, que ven la intermediación como un simple mecanismo de reducción de costos de transacción.

Sin embargo, un posible punto ciego de la obra es su enfoque, comprensible, en los intermediarios poderosos. Se habla menos de los intermediarios de abajo, de los pequeños prestamistas locales o de cómo estas redes excluían a ciertos grupos sociales o regiones. Asimismo, mientras que se analiza a profundidad la intermediación «hacia arriba» (la conexión con el mercado global), la intermediación «hacia abajo», como el crédito al consumo y las prácticas informales en las economías campesinas, queda más en sombras, aunque es mencionada en relación con los tlacos⁴ y la moneda menuda.

.....

⁴ Los tlacos eran seudomonedas o fichas de carácter local, generalmente emitidas por hacendados, tenderos o comerciantes minoristas y fabricadas con materiales como cobre, latón o madera. Su

En términos de estilo, el libro es académico y riguroso, lo cual es una virtud; pero algunos capítulos podrían resultar densos para lectores no especializados. La riqueza del detalle archivístico a veces opaca un poco las líneas argumentales mayores, que son brillantemente sintetizadas en la introducción de los coordinadores.

Más que facilitadores, agentes ocultos

La obra es una contribución fundamental para entender la historia económica mexicana desde una perspectiva renovada. Lejos de ser meros conductos pasivos, los intermediarios retratados en ella fueron agentes ocultos del sistema monetario,

.....

gieron como respuesta a la crónica escasez de moneda menuda oficial de plata, en especial durante el virreinato y la primera mitad del siglo XIX; funcionaron como medio de cambio obligado en transacciones cotidianas y en el pago de salarios, sobre todo en economías regionales o aisladas. Aunque atendían una necesidad práctica en el comercio al menudeo, los tlacos representaban un sistema monetario paralelo y descentralizado que reflejaba la incapacidad del Estado de proveer suficiente circulante fraccionario, además de reforzar relaciones de dependencia económica local, ya que su valor y aceptación dependían con frecuencia de la autoridad del emisor. Pese a su carácter informal, fueron componentes estructurales de la economía popular que coexistieron, y a veces compitieron, con la moneda oficial.

agentes con agendas propias que aprovecharon su posición estratégica para acumular poder, influir en la política y mediar entre el México profundo y las finanzas globales.

Su lectura es pertinente no sólo para historiadores, sino también para economistas y politólogos interesados en los procesos de construcción institucional, los conflictos entre el centro y las regiones y el siempre complejo (des)equilibrio entre el Estado y los actores privados en la gestión de lo público. El libro demuestra que la estabilidad monetaria y financiera nunca ha sido un asunto meramente técnico; ante todo, es el resultado frágil y contingente de negociaciones, conflictos y acuerdos entre una multitud de intermediarios cuyos intereses rara vez coincidían plenamente con el bien común. En un presente donde la intermediación financiera se ha vuelto más abstracta y digital, pero no menos poderosa, las lecciones de esta historia siguen más vigentes que nunca.